

Asesinato en altamar

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Murder at Sea*  
En cubierta: © rawpixel  
Diseño gráfico: Gloria Gauger  
© De la traducción, Natalia Zarco  
© Ediciones Siruela, S. A., 2025  
c/ Almagro 25, ppal. dcha.  
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20  
[www.siruela.com](http://www.siruela.com)  
ISBN: 978-84-10415-19-5  
Depósito legal: M-22.235-2024  
Impreso en Gráficas Dehon  
*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Richard Connell

ASESINATO EN ALTAMAR

Traducción del inglés  
de Natalia Zarco

 Siruela

Libros del Tiempo / Biblioteca de Clásicos Policiacos

## Índice

1. El hombre curioso	11
2. La tragedia en el camarote B	20
3. Un banquete con esqueleto	32
4. Los ojos terribles	43
5. De nuevo los ojos	56
6. El diablo anda suelto	65
7. Entre la espada y la pared	74
8. Nuevos nudos en la madeja	84
9. Una visita nocturna	97
10. Varga	111
11. Voces	122
12. ¿Quién ha sido?	134
13. Más fuerte que la muerte	144
14. El destino de Gabe Fest, marinero de primera	158
15. Lo que sabía Julia Royd	167
16. Lo que sabía Matthew Kelton	175
17. Y ya después...	187

## Al lector

Este libro ha sido escrito por alguien que adora las novelas negras para todos esos apasionados del género policiaco que adoran encontrar un cadáver al final del primer capítulo y un asesino al final del libro. Es un misterio que pueden resolver, una minúscula compensación por ese gran misterio que ninguno de nosotros conseguirá jamás desentrañar.

Dedico este libro a todos ellos y, en particular, a Louise Fox Connell, John Chapman Hilder, Earle H. Balch, Carl Brandt y Erdmann Brandt.

## El hombre curioso

La curiosidad era el mayor vicio de Matthew Kelton, pero también su principal fuente de placer. Su ansia por descubrir cómo, quién, cuándo, dónde y por qué era insaciable. Durante más de cincuenta años se había dedicado a observar la vida con mirada interrogante y atenta. El defecto que por lo general se sabe que mató al gato no había tenido ningún efecto letal en él. Pocos hombres en el mundo eran más despiertos e inteligentes que Kelton.

A lo largo de su vida había visto muchas cosas extrañas. Se había paseado por el laberinto del comportamiento humano y lo había encontrado lleno de recodos oscuros e inesperados. No se aburría nunca, la conducta humana le parecía demasiado imprevisible. Daba la impresión de vivir y moverse en un perenne estado de serena excitación.

Cualquier asunto con pinta de rompecabezas atraía su mente como un imán atrae una aguja. La energía y la sagacidad que demostraba cada vez que se ocupaba de lo que fuera que desafiara su mente asombraban a sus amigos. Alguno decía que si hubiera vivido en la Edad Media habría corrido el riesgo de acabar en la hoguera como brujo, y es que a veces de verdad daba la impresión de que empleaba la magia negra.

«Me limito a sumar dos y dos —solía decir—. El problema es descubrir qué dos sumado a qué otro dos dará el cuatro esperado».

—Me interesa cualquier enigma —declaró una vez.

—Prueba a resolver la adivinanza eterna de la esfinge —le sugirió un amigo.

—Es solo un montón de piedra sarcástica —respondió él sonriendo—. El monumento al egocentrismo de un hombre. Me interesa mucho más saber por qué un oscuro explorador roba diez dólares a su capataz. Lo que de verdad me apasiona son los jeroglíficos humanos.

Se encontraba en una envidiable posición para poder ejercer su pasión por las indagaciones. De joven fue un químico muy avezado y un día, mientras trabajaba, se preguntó qué pasaría si determinadas sustancias químicas se mezclaran con otras. Una vez planteada la pregunta, ya no paró hasta dar con la respuesta, que quedó expuesta en el Noche de Rosas de Kelton, un sugerente perfume exótico. Vendió de inmediato la fórmula, invirtió los beneficios, se compró una casita en un pueblo tranquilo fuera de la ciudad y así fue libre para dedicar todo su tiempo a la fascinante ciencia de la curiosidad. Vivía para los misterios.

Su residencia disponía de un laboratorio, un despacho y una biblioteca. Y también de una venerable señora inglesa que cuidaba la casa, se ocupaba del dinero y preparaba excelentes pasteles de carne. Las rentas de Kelton, que rondaban las dos mil libras esterlinas al año, eran más que suficientes para cubrir sus sencillas necesidades.

Había enigmas de sobra en el mundo para tenerlo ocupado; sin embargo, continuamente buscaba otros. A menudo no le hacía falta irse muy lejos: la policía había descubierto su talento en arrojar luz a los puntos más oscuros de los casos que investigaba, por lo que a menudo le pedía ayuda y él se la prestaba encantado sin cobrar nada a cambio, eso sí, siempre que considerase el caso un auténtico misterio. No le in-

teresaban esos que llamaba «crímenes banales, sin imaginación».

Una noche, era primeros de marzo, un marzo particularmente frío y desapacible, Matthew Kelton, mientras trabajaba en su biblioteca en un criptograma cuya ingeniosidad habría desalentado al mismísimo Poe, comenzó a sorberse la nariz. Sabía perfectamente lo que eso significaba. El día anterior había deambulado bajo la nevisca buscando una huella que representaba la clave del intrincado caso en el que estaba trabajando. Encontró la huella, extrajo una respuesta, demostró la exactitud de esta última, salvó a un inocente de diez desagradabilísimos minutos en la silla eléctrica y se ganó un gran y feo resfriado.

Apartó el criptograma y tocó la campana para avisar a la gobernanta.

—¿Miss McNab?

—¿Sí, mister Kelton?

—Estoy pensando viajar a un lugar más cálido. Y no, no estoy al borde de la muerte.

Al ver que el hombre hablaba en un tono irónico, miss McNab transformó en una sonrisa sus rasgos envejecidos.

—Me voy a las Bermudas —anunció—. He visto que puedo embarcar pasado mañana. Por favor, meta en la maleta el completo azul, el traje de noche, algunas camisas y el neceser. Si lo desea, puede usted cerrar la casa e ir a visitar a su hermana. Creo que estaré fuera unas tres o cuatro semanas.

—Sí, mister Kelton.

Miss McNab no manifestó la más mínima sorpresa. No sabía exactamente dónde estaban las Bermudas, pero eso no tenía importancia. Había visto a mister Kelton partir sin más, de un día para otro, a Madagascar o a Corea.

—Viajaré en el vapor Pendragon —la informó—. Puede escribirme por correo al Royal Monteville Hotel de Hamilton. La idea es regocijarme bajo el sol y no hacer ni una sola pregunta. Mi intención es descansar.

La mujer sonrió de nuevo.

—Tengo que librarme de este resfriado, ¿sabe? —explicó Kelton. Miss McNab le aconsejó un ponche caliente y una segunda manta para el alivio más inmediato y él aceptó.

El 5 de marzo, cuando el S. S. Pendragon estaba a punto de zarpar del muelle de North River, Matthew Kelton estaba a bordo, de pie en cubierta, observando a los hombres que corrían a soltar las enormes amarras. Era un hombrecillo bien proporcionado, con manos de aspecto insólitamente hábil y una espesa cabellera blanca que enmarcaba un rostro de rasgos afilados. En realidad, parecía una cacatúa. Cuando hacía una pregunta, y solía hacer muchas, inclinaba la cabeza a un lado y dedicaba a su interlocutor una mirada tan cordial como astuta.

Contempló la habitual estampida mientras la pasarela se levantaba y los acompañantes de última hora se apresuraban a volver a tierra, después el Pendragon zarpó lentamente entre los bloques de hielo flotantes siguiendo la corriente y, con los motores rugiendo, dio comienzo el viaje de seiscientos sesenta y seis millas que en dos días lo llevaría al grupo de islas soleadas, para cuya génesis millones de pólipos coralinos habían dado su vida.

El Pendragon no era uno de los buques regulares que hacían la ruta entre Nueva York y las Bermudas, era más pequeño, de unas cinco mil toneladas, y menos decorado, porque en realidad era un buque mercante. Pero disponía de una docena de espaciosos camarotes que sus parsimoniosos propietarios llenaban de pasajeros en cada viaje. Matthew Kelton, que frecuentaba gente de todo tipo, conocía al presidente de la compañía marítima y había conseguido en el último momento hacerse con el camarote C, el mejor de todos.

Mientras el buque asomaba su inmensa nariz negra más allá de Staten Island, miró a su alrededor observando a los demás pasajeros. Era una persona de índole sociable y esperaba conocer a la mayor parte de ellos antes de que el viaje de cuarenta y ocho horas acabara. Los encontró bastante más interesantes

que los típicos viajeros. Divisó a una pareja, muy elegantes ambos, que parecía viajar de luna de miel.

Era un día gris y soplaban un viento gélido, así que se encaminó a su camarote para ponerse un jersey debajo del abrigo de *tweed*. Mientras bajaba las escaleras se cruzó con un hombre que subía a toda prisa y que, absorto en sus pensamientos, pareció no verlo porque acabó echándose encima. Era un tipo gigantesco, uno de los más altos que hubiera visto jamás, con una cara roja encendido y pobladas cejas. Vestía un uniforme de oficial de la Marina.

— Ah, le pido mil disculpas, señor — dijo atribulado —. No le he visto llegar. Supongo que debería tocar el claxon cuando subo estas escaleras tan estrechas.

Kelton, que se había quedado momentáneamente sin aliento debido al impacto, replicó que no tenía importancia y añadió:

— ¿Es usted el capitán Galvin?

— Sí — respondió el hombretón.

El capitán le tendió una mano enorme.

— Es un honor tenerle a bordo, mister Kelton. Mister Wraymore me había avisado de que viajaría con nosotros y me ha pedido que lo buscara. Iba a tratar de encontrarlo en cuanto alcanzásemos la velocidad de crucero. He oído hablar mucho de usted. Le deseo un buen viaje y si puedo hacer algo para que sea más confortable, le ruego que me lo diga. Ahora tengo que marcharme, hay un millón de cosas que hacer en una vieja bañera como esta. Espero que más tarde se reúna conmigo en mi camarote para una charla y un cigarro, y quizá beber algo.

— Gracias, capitán, será todo un placer.

El hombretón siguió raudo su camino y Kelton se dispuso a recorrer el pasillo, pero a menos de diez pasos volvió a tropezar, esta vez con una mujer.

La desconocida pasó a su lado como una flecha excusándose apresuradamente, y él percibió que tenía una voz pro-

funda, casi áspera, y que no tenía acento norteamericano. Gracias a su rapidez en percibir detalles se dio cuenta también de que llevaba una larga capa de tejido oscuro, y que tenía un rostro ancho, casi de campesina, y una corpulencia robusta.

Jamás he pisado un lugar donde a uno lo zarandeen tanto, pensó. Primero el capitán y ahora esta mujer con aspecto de amazona. ¿Por qué llevan tanta prisa?

Su camarote le gustó. Era espacioso, con dos ojos de buey cerrados debido al borrascoso mar de marzo y una litera de aspecto confortable rodeada de cortinas. Se inclinó sobre su maleta desgastada de piel de jabalí para sacar el jersey, pero se detuvo, se fijó en el contenido y soltó un silbido. ¡Alguien la había abierto!

No estaba cerrada con llave, que se había perdido años atrás, lo cual no le preocupaba en absoluto porque no había metido allí dentro nada de valor. El dinero solía llevarlo en una cartera en el bolsillo interior del traje que vestía. Examinó la maleta y dedujo que seguramente la habían abierto mientras él estaba en cubierta. Después, la había cerrado una mano apresurada y nerviosa porque las hebillas no estaban abrochadas; y tenía la absoluta seguridad de que lo estaban cuando, una hora antes, siguió al mozo hasta el camarote, lo vio depositar la maleta y después despedirse.

Tocó la campanilla para avisarlo y casi de inmediato oyó llamar suavemente a la puerta.

— Adelante —dijo.

El mozo, un hombre de unos treinta años, con un rostro largo y blanco como el yeso y expresión melancólica, entró en la cabina.

— Usted es quien se ocupa de este camarote, imagino — afirmó Kelton con desenvoltura.

— Sí, señor.

— ¿Cómo se llama?

— Larsen, señor.

—¿Escandinavo?

—Sueco.

—Larsen —le preguntó inclinando la cabeza a un lado—, en este buque, ¿forma parte del desempeño de un mozo abrir las maletas de los pasajeros?

—No, señor. Tenemos orden tajante de no hacerlo jamás, a menos que se nos pida expresamente.

—Comprendo. ¿Volvió usted a entrar en mi camarote después de que saliera yo?

—No, señor.

—Quizá sería conveniente que examinara el contenido.

Revisó rápidamente el contenido de la maleta, y concluyó que estaba todo, pero que alguien la había registrado. Se volvió hacia el mozo, que lo estaba observando con cara preocupada.

—Todo está en orden, Larsen —anunció—. No falta nada. Quizá alguien se confundió y se metió en el camarote equivocado, se parecen tanto. Puede irse.

—Sí, señor.

Larsen se encaminó hacia la puerta, pero Kelton lo detuvo.

—¿Le molesta si le hago una pregunta un poco personal?

—No, señor.

—¿Usa usted algún perfume?

Algo parecido a una sonrisa cruzó su pálido rostro.

—Nunca, señor.

—Perfecto. Es todo, gracias.

El mozo salió. Kelton se sentó en la cama y se pasó los dedos por el espeso cabello despeinado. Hete aquí un enigma, de escasa importancia, cierto, pero aun así un enigma porque su nariz, bien adiestrada en ese campo, había captado algo en la habitación, algo tan tenue que habría podido escapar a una nariz menos sensible: el inconfundible aroma de un perfume. No podía estar del todo seguro, pero tenía la impresión de que podía tratarse incluso de la fragancia que él mismo había creado, Noche de Rosas. Por supuesto, no la llevaba consigo,

pero alguien que la usaba había entrado en su camarote, y no hacía mucho.

Se asomó a la puerta. La del camarote B, frente al suyo, estaba cerrada y de dentro no salía ningún ruido. Los únicos ruidos audibles eran el crujir del buque y el sordo pulso rítmico de los motores.

Kelton era un buen marinerero. Se puso un jersey, el pesado abrigo y el sombrero y subió a la cubierta, pero el viento era demasiado fuerte y se vio obligado a entrar al salón. Encontró un rincón tranquilo, sacó del bolsillo el criptograma en el que estaba trabajando desde hacía tiempo y, absorto en el empeño de resolverlo, no se dio cuenta de nada más. El crepúsculo había caído sobre el océano y desde el Pendragon ya no se veía tierra firme cuando soltó el criptograma con un suspiro de satisfacción. Ahora, nada de enigmas durante unas semanas, solo descanso.

Bajó a su camarote con la intención de descabezar un sueñecito antes de la cena. Apenas se había tumbado cuando llamaron a la puerta. Era Larsen, el mozo, con aspecto de estar tratando con todas sus fuerzas de dominar el nerviosismo. Kelton vio que llevaba una mano vendada.

—El capitán Galvin querría saber, señor —dijo con tono tenso—, si puede reunirse con él en su camarote. Me ha pedido que le diga que es urgente.

Kelton se espabiló de golpe.

—¿Ha dicho que era urgente?

—Sí, señor.

—Santo cielo. Habrá ocurrido algo. —Lanzó una rápida mirada a Larsen, que temblaba, y añadió—: Voy enseguida.

En cuanto hubo entrado en el camarote de Galvin comprendió que de verdad había ocurrido algo, algo grave a juzgar por las arrugas de preocupación que se marcaban en el rostro del hombre.

—Siéntese, mister Kelton —solicitó Galvin—. Le he hecho llamar porque quizá esté usted en disposición de ayudarme. Me encuentro en un lío muy feo.

—¿Qué es lo que ocurre, capitán?

—Este es un barco desafortunado. Y, naturalmente, de cualquier cosa que suceda a bordo seré yo el que asuma las consecuencias. Bien, pues ha ocurrido lo peor que podía suceder. Hemos encontrado a un hombre muerto en el camarote B... y no hay duda alguna sobre el hecho de que ha sido asesinado.